

Domingo 1º de Cuaresma – B
Padre Pedro José Ynaraja Díaz

TEXTOS

del libro del Génesis (9,8-15):

Dios dijo a Noé y a sus hijos: «Yo hago un pacto con vosotros y con vuestros descendientes, con todos los animales que os acompañaron: aves, ganado y fieras; con todos los que salieron del arca y ahora viven en la tierra. Hago un pacto con vosotros: el diluvio no volverá a destruir la vida, ni habrá otro diluvio que devaste la tierra.»

Y Dios añadió: «Ésta es la señal del pacto que hago con vosotros y con todo lo que vive con vosotros, para todas las edades: pondré mi arco en el cielo, como señal de mi pacto con la tierra. Cuando traiga nubes sobre la tierra, aparecerá en las nubes el arco, y recordaré mi pacto con vosotros y con todos los animales, y el diluvio no volverá a destruir los vivientes.»

de la primera carta del apóstol san Pedro (3,18-22):

Cristo murió por los pecados una vez para siempre: el inocente por los culpables, para conducirnos a Dios. Como era hombre, lo mataron; pero, como poseía el Espíritu, fue devuelto a la vida. Con este Espíritu, fue a proclamar su mensaje a los espíritus encarcelados que en un tiempo habían sido rebeldes, cuando la paciencia de Dios aguardaba en tiempos de Noé, mientras se construía el arca, en la que unos pocos, ocho personas, se salvaron cruzando las aguas. Aquello fue un símbolo del bautismo que actualmente os salva: que no consiste en limpiar una suciedad corporal, sino en impetrar de Dios una conciencia pura, por la resurrección de Jesucristo, que llegó al cielo, se le sometieron ángeles, autoridades y poderes, y está a la derecha de Dios.

del santo evangelio según san Marcos (1,12-15):

En aquel tiempo, el Espíritu empujó a Jesús al desierto. Se quedó en el desierto cuarenta días, dejándose tentar por Satanás; vivía entre alimañas, y los ángeles le servían. Cuando arrestaron a Juan, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios.

Decía: «Se ha cumplido el plazo, está cerca el reino de Dios: convertíos y creed en el Evangelio.»

COMENTARIO

Probablemente habréis tenido alguna ocasión de encontraros y dialogar, más que discutir, con algún piadoso fiel musulmán. Impresiona comprobar su fe. Asombra y hasta tal vez sienta uno envidia.

Os confieso, queridos lectores, que por mi parte he recibido en tales casos un respeto y amor personal admirable. Se han atrevido a calificarme de morabito con gran reverencia.

Tales encuentros nos enriquecen espiritualmente, no hay duda de ello. Cómo una tal circunstancia generalmente se alarga y se pone punto final antes de lo deseado por la necesidad de cumplir con los deberes en los que cada uno de los dos está comprometido, vuelvo a repetir que generalmente es una preciosa experiencia. Este elogio que os he referido respecto a la fe musulmana ¿significa que la considere superior a la mía, la Fe cristiana?

Dios es único, incomprendible, inabarcable, insuperable... todos los calificativos que podamos atribuirle se quedarán cortos, no lo dudéis. Se le llamará Alá o Yahvé, de acuerdo con las tradiciones e idiomas en que uno esté sumergido. No importa el nombre. Ahora bien lo fundamental es la experiencia que cada uno tiene de él, o a lo que aspira.

No vuelvo a repetir la aproximada mentalidad que un musulmán tiene de Dios. En la nuestra está o debe estar además, el convencimiento de que Dios ha querido ser para nosotros un amigo que comparte todo lo que es posible compartir. Su "interioridad" trinitaria, en la que bulle el compartir íntimo de su esencia. Su deseo de no guardarse para Sí el aproximado conocimiento de su entraña. Desea darse a conocer e incluso quiere que nosotros con Él colaboremos. Para tratar de conseguirlo no ha dudado hacerse uno entre nosotros y confiarnos sus anhelos. Tampoco ha evitado pasar por las penas, los temores y dolores semejantes a los nuestros, a los que nos oprimen corporal y espiritualmente.

El lenguaje divino será idioma humano, la respuesta humana será oración vocal o llegar a ser éxtasis místico, pero convencidos de nuestras limitaciones, acudiremos al lenguaje universal del diseño.

Leeremos, si sabemos leer, un relato y lo recordaremos, si gozamos de memoria, o lo diseñaremos en imágenes gráficas o plásticas.

Contemplando un Crucifijo, nuestra mente y corazón se inclinarán a pensar “ *no me mueve mi Dios para quererte ... Tú me mueves, Señor, **muéveme al verte** clavado en una cruz... y escarnecido*” la precioso poesía mística, oración sublime que un crucifijo nos sugiere.

Dejarnos sugerir no es conceder al piadoso objeto la categoría de sagrado, ni de ninguna manera atreverse a adorarlo.

La Fe cristiana es compartir.

Facilita el compartir, el recogerse en soledad, silencio y libres de ataduras, también de lo que nuestra imaginación, la loca de la casa, todo, incluso si es preciso también de alimentos.

El corto relato del Jesús en el desierto es mensaje de comunión con el Padre y su conservación en el texto evangélico es expresión de su deseo de compartir con nosotros.

La Fe cristiana no es la más adecuada para humanos reservados, cómo tantos hubo y continúa habiendo...